



LECTIO DIVINA

IV Semana de Pascua
Del 21 al 27 de abril de 2024



JESÚS, BUEN PASTOR
me lleva sobre sus hombros
y me alimenta con su AMOR

Oración introductoria

Señor, te pido que me ayudes a reconocer que quieres pastorearme en mi vida y que no soy muy bueno haciéndolo solo, aunque me gustaría.

Te pido que me ilumines para amarte y conocerte porque quiero que seas alguien importante en mi vida, y no solo verte como alguien que me castiga y está lejos de mí.

Petición

Gracias Señor por ser mi pastor, condúceme siempre por tu camino y no dejes que me aleje de tu cayado.

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (Hch. 4, 8-12)

En aquellos días, lleno de Espíritu Santo, Pedro dijo: «Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es la “piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro; pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos».

Salmo (Sal 117, 1 y 8-9. 21-23. 26 y 28-29)

La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres, mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los jefes. R.

Te doy gracias porque me escuchaste y fuiste mi salvación. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. R.

Bendito el que viene en nombre del Señor, os bendecimos desde la casa del Señor. Tu eres mi Dios, te doy gracias; Dios mío, yo te ensalzo. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. R.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1 Jn. 3, 1-2)

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aun no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 10, 11-18)

En aquel tiempo, dijo Jesús: «Yo soy el buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen,

igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño, un solo Pastor. Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre».

Releemos el evangelio

San León Magno (i-c. 461)

papa y doctor de la Iglesia

Sermón XII, sobre la Pasión (PL 54. “Lectures chrétiennes pour notre temps”, Abbaye d’Orval, 1971), trad. sc@evangelizo.org

“Habrá un solo Rebaño y un solo Pastor” (Jn 10,16)

Por el Espíritu Santo nació de una madre virgen. Por el mismo Espíritu fecunda a su Iglesia toda pura, para que con los nacidos por el Bautismo una multitud de hijos sean engendrados a Dios. Está escrito: “Ellos no nacieron de la sangre, ni por obra de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados por Dios” (Jn 1,13). Es en Dios que, con la adopción del mundo, la descendencia de Abraham es bendecida. El patriarca deviene “padre de las naciones” cuando los hijos de la promesa no nacen de la carne sino de la fe.

Sin exceptuar a ningún pueblo, el Señor hace un solo rebaño de ovejas santas, con todas las naciones que están bajo el cielo. Cada día cumple lo que había prometido: “Tengo, además, otras ovejas que no son de este corral y a las que debo también conducir: ellas oirán mi voz, y así habrá un solo Rebaño y un solo Pastor” (Jn 10,16).

Aunque dijo particularmente a Pedro “Apacienta mis ovejas” (Jn 21,17), es, sin embargo, porque como tal Dios lo toma a su cargo y

apoya. A los que vienen a la Roca, Cristo, los alimenta en los pastizales y es por el único Señor que están bien nutridos. Innumerables ovejas, fortificadas con la abundancia de su amor, no dudan en morir por el nombre de su Pastor, lo mismo que el Buen Pastor ha querido dar su vida por sus ovejas.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Dos cosas. El reproche de los apóstoles a Pedro por haber entrado en la casa de los paganos y Jesús que dice: “Soy pastor de todos”. Soy el pastor de todos. Y quien dice: “Tengo otras ovejas que no vienen de este recinto. Tengo que guiarlos también. Escucharán mi voz y se convertirán en un solo rebaño.” Es la oración por la unidad de todos los hombres, porque todos los hombres y mujeres... todos tenemos un solo Pastor: Jesús. Que el Señor nos libere de esa psicología de la división, del dividir, y nos ayude a ver esta gran cosa de Jesús, que en Él todos somos hermanos y Él es el Pastor de todos. Esa palabra, hoy: “¡Todos, todos!» *(Homilía de S.S. Francisco, 4 de mayo de 2020, en santa Marta).*

Meditación

En los años de estudios en el seminario una de las cosas que aprendí y me gustó mucho es el griego antiguo. Con este idioma se escribió el nuevo testamento y así tengo la oportunidad de leerlo a veces en el original. Cuando leí el pasaje de la misa de hoy la cosa que más me llamó la atención fue que la frase de buen pastor en el griego también puede traducirse como pastor bello. Este pequeño detalle me hizo reflexionar en la relación entre la bondad y la belleza, y creo que se relacionan porque una persona que es buena tiene esa belleza interna que irradia con sus obras buenas de servicio a los demás. Así, mientras más buenos seamos, más bellos seremos. Jesús es el pastor bello porque no solo es bueno, sino que es la Bondad, Él es capaz de

darlo todo y no quedarse con nada con tal de que sus ovejas estén bien y por eso las atrae tanto.

Las ovejas conocen a Jesús como Él conoce a su Padre. Esto significa que este conocimiento casi las hace idénticas y que comparten muchas cosas. Un pastor ordinario reconoce que debe cuidar de sus animales, pero hasta ahí porque son solo animales. En cambio, el Señor sabe que nos creó, pero que por nuestra libertad nos tiene que ganar para sí porque, como ovejas, somos muy tercas en seguir al pastor y querer conocerlo. No solo quedarnos con las cosas que nos da, sino en quién es Él.

Nuestros padres nos han dado la vida y, conforme vamos creciendo, nos educan para tomar decisiones en nuestra vida. Podemos ver esto como el “dar la vida”, y llegará un momento en el que la tendremos que dar ya sea en el matrimonio o a Dios en el sacerdocio, así que hoy y todos los demás días, te puedes ir preparando para dar tu vida por amor.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre.

Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.

Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

Oración introductoria

Señor, cada momento que paso junto a Ti es un tiempo lleno de gracia. Permíteme estar a solas contigo; a pesar de mis distracciones y preocupaciones quiero encontrarme contigo y hacer de estos minutos un encuentro de amor.

Sé que soy frágil, que el maligno siempre está rondando, pero ayúdame a siempre recordar que Tú has vencido hasta la muerte por mí, y eres el único camino que me lleva a la plenitud.

Petición

Jesús, que sepa conocerte y reconocerte en los acontecimientos de este día.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 11, 1-18)

En aquellos días, los apóstoles y los hermanos de Judea se enteraron de que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Cuando Pedro subió a Jerusalén, los de la circuncisión le dijeron en son de reproche: «Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos». Pedro entonces comenzó a exponerles los hechos por su orden, diciendo: «Estaba yo orando en la ciudad de Jafa, cuando tuve en éxtasis una visión: una especie de recipiente que bajaba, semejante a un gran lienzo que era descolgado del cielo sostenido por los cuatro extremos, hasta donde yo estaba. Miré dentro y vi cuadrúpedos, de la tierra, fieras, reptiles y pájaros del cielo. Luego oí una voz que me decía: “Levántate, Pedro, mata y come”. Yo respondí: “De ningún

modo, Señor, pues nunca entró en mi boca cosa profana o impura”. Pero la voz del cielo habló de nuevo: “Lo que Dios ha purificado, tú no lo consideres profano”. Esto sucedió hasta tres veces, y de un tirón lo subieron todo de nuevo al cielo. En aquel preciso momento llegaron a la casa donde estábamos tres hombres enviados desde Cesarea en busca mía. Entonces el Espíritu me dijo que me fuera con ellos sin dudar. Me acompañaron estos seis hermanos, y entramos en casa de aquel hombre. Él nos contó que había visto en su casa al ángel que, en pie, le decía: “Manda recado a Jafa y haz venir a Simón, llamado Pedro; él te dirá palabras que traerán la salvación a ti y a tu casa”. En cuanto empecé a hablar, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, igual que había bajado sobre nosotros al principio; entonces me acordé de lo que había dicho: “Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo”. Pues, si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?». Oyendo esto, se calmaron y alabaron a Dios diciendo: «Así pues, también a los gentiles les ha otorgado Dios la conversión que lleva a la vida».

Salmo (Sal 41, 2-3; 42, 3. 4)

Mi alma tiene sed de ti, Dios vivo.

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? R.

Envía tu luz y tu verdad: que ellas me guíen y me conduzcan hasta tu monte santo, hasta tu morada. R.

Me acercaré al altar de Dios, al Dios de mi alegría; y te daré gracias al son de la cítara, Dios, Dios mío. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 10, 1-18)

En aquel tiempo, dijo Jesús: «En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños». Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús: «En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estragos; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante».

Releemos el evangelio

Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

dominico, teólogo, doctor de la Iglesia

Lectura de Juan 10 (Lectures chrétiennes pour notre temps, Abbaye d'Orval, 1973)

“Yo soy el Buen Pastor” (Jn 10,11)

Jesús dijo: “Yo soy el Buen Pastor” (Jn 10,11). Es evidente que el título de pastor es propio de Cristo. Lo mismo que un pastor lleva a pastar a su rebaño, así Cristo restaura a los fieles con un alimento espiritual: su propio Cuerpo y su propia Sangre.

Para diferenciarse del mal pastor y del ladrón, Jesús precisa que él es el Buen Pastor. Se declara Bueno, porque defiende a su rebaño con el compromiso de un buen soldado por su patria. Por otra parte,

Cristo ha dicho que el pastor entra por la puerta y él mismo es la puerta (cf. Jn 10,7). Cuando se declara Pastor, tenemos que entender que es él que entra, por sí mismo. Manifiesta que conoce al Padre por sí mismo, mientras que nosotros lo conocemos por él y es él quien nos da la bienaventuranza. Veamos bien que sólo él es la Puerta, sólo él es la Luz y los demás lo son por participación. Juan Bautista “no era la luz sino el testigo de la luz” (Jn 1,8). Cristo era “la Luz verdadera que al venir a este mundo ilumina a todo hombre” (Jn 1,9). Nadie puede decir que es la puerta, ya que ese nombre está reservado para Cristo.

El título de pastor lo ha comunicado a otros, a sus miembros. Pedro lo ha sido, otros discípulos, los obispos. “Les daré pastores según mi corazón” (Jer 3,15), dice el profeta Jeremías. Aunque los responsables de las Iglesias- hijos de ellos- son todos pastores, Cristo dijo “Yo soy el Buen Pastor” para mostrar la fuerza única de su amor. Ningún pastor lo es si no está unido a Cristo, ya que es así miembro del único verdadero Pastor.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, en el capítulo 10 de Juan, que hemos leído, se presenta como el pastor. En efecto, no sólo el pastor, sino la “puerta” por la que se entra en el rebaño. Todos los que vinieron y no entraron por esa puerta eran ladrones o bandidos o querían aprovecharse del rebaño: los falsos pastores. Y en la historia de la Iglesia ha habido muchos de estos que explotaron el rebaño. No les interesaba la grey, sino sólo hacer una carrera o la política o el dinero. Pero el rebaño los conocía, siempre los conoció e iba a buscar a Dios en sus caminos. Pero cuando hay un buen pastor, hay un rebaño que sigue adelante, que continúa.» *(Homilía de S.S. Francisco, 3 de mayo de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Todos sabemos que uno solo es el camino de salvación, una sola es la puerta de la plenitud. Y no es solamente para algunos sino para todos, pues Dios no hace distinciones ni pone etiquetas, sino que nos llama e invita a todos a entrar por la puerta grande que es Él mismo. Pero esta llamada, esta invitación que nos hace, implica que debemos escuchar su voz y para poder escuchar su voz y reconocer que es Cristo quien nos habla, debemos conocer esa voz, y la podemos conocer únicamente en un encuentro verdadero e íntimo con Él, en la oración, en la vida interior.

Podemos escuchar muchas voces a lo largo del día, opiniones totalmente diferentes para cualquier decisión, podemos tomar muchos caminos posibles, basta poner el GPS y aparecen todos los caminos posibles para llegar a un destino. Pero en nuestro camino espiritual una sola es la puerta de entrada, y no quiere decir que el camino es el mismo para todos, pues el camino de cada uno es personal, pero sí es la misma puerta, y esa puerta es la de la fe, la de la confianza, la del abandono en las manos de Dios.

La Pascua nos invita a contemplar a un Cristo resucitado que ha vencido la muerte, pero para eso tuvo que entregarse a sí mismo por amor. Y todo esto para algunos puede parecer exagerado, pueden no creer, pero desde los ojos de la fe, este es el camino que nos conduce a una santidad plena. No tengamos miedo de pasar tiempo con Jesús, de contemplarlo para conocer y para poder escuchar su voz que nos invita a entrar por su puerta y seguirlo en nuestra propia vocación.

Oración final

Envía tu luz y tu verdad, ellas me guiarán,
me llevarán a tu monte santo,
hasta entrar en tu Morada. (Sal 43,3)

MARTES, 23 DE ABRIL DE 2024

Las respuestas de Jesús

Oración introductoria

Señor, dame un corazón abierto a recibir tu amor. Te pido que me ayudes a crecer en la seguridad de que me tienes en tu mano y nada podrá apartarme de Ti

Petición

Jesús, dame tu gracia para que todo lo que piense, diga y haga hoy, sea para dar un buen testimonio.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch.11,19-26)

En aquellos días, los que se habían dispersado en la persecución provocada por lo de Esteban hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin predicar la palabra más que a los judíos. Pero algunos, naturales de Chipre y de Cirene, al llegar a Antioquía, se pusieron a hablar también a los griegos, anunciándoles la Buena Nueva del Señor Jesús. Como la mano del Señor estaba con ellos, gran número creyó y se convirtió al Señor. Llegó la noticia a oídos de la Iglesia de Jerusalén, y enviaron a Bernabé a Antioquía; al llegar y ver la acción de la gracia de Dios, se

alegró mucho y exhortaba a todos a seguir unidos al Señor con todo empeño; como era un hombre bueno, lleno de Espíritu Santo y de fe. Y una multitud considerable se adhirió al Señor. Bernabé salió para Tarso en busca de Saulo; cuando lo encontró, se lo llevó a Antioquía. Durante todo un año estuvieron juntos en aquella Iglesia e instruyeron a muchos. Fue en Antioquía donde por primera vez llamaron a los discípulos fueron llamados cristianos.

Salmo (Sal 86, 1b-3. 4-5. 6-7)

Alabad al Señor todas las naciones.

Él la ha cimentado sobre el monte santo; y el Señor prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob. ¡Qué pregón tan glorioso para ti, ciudad de Dios! R.

«Contaré a Egipto y a Babilonia entre mis fieles; filisteos, tirios y etíopes han nacido allí.» Se dirá de Sión: «Uno por uno todos han nacido en ella; el Altísimo en persona la ha fundado». R.

El Señor escribirá en el registro de los pueblos: «Éste ha nacido allí». Y cantarán mientras danzan: «Todas mis fuentes están en ti». R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 10, 22-30)

Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación del templo. Era invierno, y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. Los judíos, rodeándolo, le preguntaban: «¿Hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente». Jesús les respondió: «Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy la vida eterna; no

perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Lo que mi Padre me ha dado, es más que todas las cosas, y nadie puede arrebatar nada de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno».

Releemos el evangelio

Símbolo “Quicumque”

atribuido a san Atanasio (entre 430 y 500)

“El padre y yo, nosotros somos UNO”

He aquí la fe católica: veneramos a un Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la unidad, sin confundir a las personas, sin dividir la sustancia: una es, en efecto, la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma divinidad, una gloria igual, una misma majestuosidad eterna. Así como es el Padre, es el Hijo y el Espíritu Santo: increado es el Padre, increado el Hijo e increado el Espíritu Santo... De este modo el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios; y sin embargo ellos no son tres dioses, sino un mismo Dios...

Esta es la fe sin desviaciones: nosotros creemos y confesamos que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre: Él es Dios, de la sustancia del Padre, engendrado antes de los siglos; y Él es hombre, de la sustancia de su madre, nacido en el tiempo: Dios perfecto, hombre perfecto, compuesto de un alma razonable y un cuerpo humano, igual al Padre según la divinidad, inferior al Padre según la humanidad. Aunque Él sea Dios y hombre, no existen dos Cristos sino un solo Cristo: uno, no porque la divinidad haya pasado a la carne, sino porque la humanidad fue asumida por Dios; una unión no por mezcla de sustancias, sino por la unidad de la persona. Porque, al igual que el alma razonable y el cuerpo forman un hombre, Dios y el hombre forman un Cristo. Él sufrió por nuestra salvación, descendió

a los infiernos, resucitó al tercer día de entre los muertos, subió a los cielos, y está sentado a la derecha del Padre; desde allí vendrá a juzgar a vivos y muertos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Otra cosa que nos impide seguir adelante en el conocimiento de Jesús es el espíritu mundano. Cuando la observancia de la fe, la práctica de la fe termina en la mundanidad. Y todo es mundano. Pensemos en la celebración de algunos sacramentos en algunas parroquias: ¡cuánta mundanidad hay! Y la gracia de la presencia de Jesús no es bien entendida. En todas estas actitudes falta la libertad. Y no se puede seguir a Jesús sin libertad. Por supuesto, a veces la libertad va más allá y uno se resbala, pero peor es resbalar antes de comenzar a caminar hacia Jesús. Pido al Señor para que nos ilumine para ver dentro de nosotros si hay libertad para ir hacia Jesús y convertirnos en ovejas de su rebaño.» *(Homilía de S.S. Francisco, 5 de mayo de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Si tratamos de imaginar la escena de este Evangelio, puede parecernos que la actitud de los judíos hacia Jesús es un poco hostil. Imaginemos a Jesús pasando cerca del templo, y de repente se ve rodeado de gente que empieza a cuestionarlo. Ellos le piden una respuesta clara, pero Jesús les da un regalo mucho mayor. Lo más sencillo era responder: «Sí, soy el Mesías», pero ¿qué reacción hubiera provocado eso en ellos?

A veces yo también soy así contigo, Jesús; te rodeo, te asedio con preguntas, te pido, casi te exijo una respuesta a las cosas que no entiendo. Cuántas veces no te he dicho algo como: «Si tú eres el Mesías, demuéstalo, cura a esta persona, dame esta gracia, sácame de

esta dificultad...» Y tu respuesta, para mí, siempre es un regalo más grande de lo que pido.

A los judíos les respondiste mostrándoles que, si te aceptaban, serían tuyos, les darías la vida eterna, Tú que los conoces y los amas, y que nadie podría arrebatarnos de las manos de tu Padre. A mí me contestas de forma similar, pero a veces no te escucho bien. Déjame escucharte cuando me dices que soy tu oveja, que me conoces y amas, que mi vida viene de Ti y, sobre todo, que nada ni nadie podrá separarnos. Y así como esto es cierto para mí, es cierto para quienes me rodean, así respondes a mi oración por los demás: tal vez no los curas en el momento, tal vez no les resuelves los problemas, pero me aseguras que esas personas que son importantes para mí están en tus manos y que ni las enfermedades, ni los problemas, ni las dificultades, ni las divisiones, ni la muerte podrán arrebatarnos de tus manos amorosas.

Dame la gracia de que esta seguridad de estar en tus manos toque mi corazón y me impulse a dejarme guiar por el Espíritu Santo para llevar tu amor a los demás.

Oración final

¡Que Dios tenga piedad y nos bendiga,
que nos muestre su rostro radiante!;
Pausa. conozca así la tierra su proceder,
y todas las naciones su salvación. (Sal 67,2-3)

Oración introductoria

Señor Jesús, me pongo en tus manos en este día. Te entrego este momento para estar contigo, y dejar que Tú me guíes.

Petición

Señor, concédeme escuchar tu voz para fortalecido con tu gracia ponga en práctica tu Palabra.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles

(Hch. 12, 24-13, 5ª)

En aquellos días, la Palabra de Dios iba creciendo y se multiplicaba. Cuando cumplieron su servicio, Bernabé y Saulo se volvieron de Jerusalén, llevándose con ellos a Juan, por sobrenombre Marcos. En la Iglesia que estaba en Antioquía había profetas y maestros: Bernabé, Simeón, llamado Níger; Lucio, el de Cirene; Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Un día que estaban celebrando el culto al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: «Apártenme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado». Entonces, después de ayunar y orar, les impusieron las manos y los enviaron. Con esta misión del Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí zarparon para Chipre. Llegados a Salamina, anunciaron la Palabra de Dios en las sinagogas de los judíos.

Salmo (Sal 66, 2-3. 5. 6 y 8)

Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.

Que Dios tenga piedad y nos bendiga, ilumine su Rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. R.

Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia y gobiernas las naciones de la tierra. R.

Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben. Que Dios nos bendiga; que le teman todos los confines de la tierra. R.

Lectura del santo Evangelio según San Juan (Jn. 12, 44-50)

En aquel tiempo, Jesús gritó diciendo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas. Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la Palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre»

Releemos el evangelio

San Anselmo (1033-1109)

benedictino, arzobispo de Canterbury, doctor de la Iglesia

Meditaciones

«Yo he venido al mundo para que el que cree
en mí no quede en las tinieblas»

Oh mi buen Maestro, Jesucristo, estaba yo sin ningún auxilio, no pedía nada, y ni tan sólo pensaba en ello, y tu luz me ha iluminado durante la noche... Tú has alejado de mi el peso que me hundía, tú has repelido a los que me asaltaban, tú me has llamado con un nombre nuevo (Ap 2,17), tomado del tuyo, el nombre de cristiano. Yo estaba ya sin fuerzas, tú me has levantado. Me has dicho: «Confianza, Yo te he rescatado, Yo que he dado mi vida por ti. Si quieres unirte a mi, te liberarás del mal y del abismo en el que estás metido, y te conduciré a mi Reino...»

Si, Señor, ¡tú lo has hecho todo por mí! Yo estaba en las tinieblas y no sabía nada..., yo bajaba al abismo de la injusticia, estaba caído en la miseria del tiempo para caer más bajo todavía. Y en la hora en que me encontraba sin ayuda ninguna, tú me has iluminado. Sin que ni siquiera te lo pidiera, me has iluminado. En tu luz he visto lo que eran los otros y lo que yo mismo soy...; tú me has dado la confianza en mi salvación, tú, que has dado tu vida por mí... Lo reconozco, oh Cristo, me debo del todo a tu amor.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús se presenta como la luz, la luz que ha venido al mundo y no ha venido a condenar, sino a salvarlo. De aquí deriva la misión de Jesús que es iluminar: Él es la luz del mundo. La misión de los apóstoles también es llevar esta luz, la luz de Jesús, porque el mundo está en la

oscuridad. El drama de la luz de Jesús, señaló el Papa, es que fue rechazado: su pueblo no lo acogió, amaron más las tinieblas que la luz, son esclavos de las tinieblas. Y este también es nuestro drama, porque el pecado nos hace vivir en la oscuridad y no nos gusta ver la luz porque nos hace ver las cosas como son, nos hace ver la verdad. Precisamente la luz de Jesús nos hace ver la libertad, y la verdad.»
(Homilía de S.S. Francisco, 6 de mayo de 2020).

Meditación

Señor Jesús, ayúdame a creer en tu amor; ayúdame a escucharte y verte en mis hermanos. Tú dijiste que eres luz, ven a iluminar las tinieblas que muchas veces me rodean. Que tu luz brille en mi corazón, en mi alma y mi vida. Tú nos has traído la luz con tu resurrección, has traído tu amor, y misericordia. Tú lo has dicho tantas veces, la luz siempre es más fuerte que la oscuridad. Ayúdame a no caminar en tinieblas sino bajo tu luz y tu guía. Tú has venido a salvar el mundo del pecado y del mal.

Muchas veces es fácil seguirte cuando todo es fácil y cómodo, pero cuando hay cruz, dificultad, es difícil. Lo importante es seguir amando incluso cuando no queramos. Cuando todo sea cuesta arriba y nuestras fuerzas pareciera que no pudieran seguir más. Algunas veces es muy fácil rechazarte y cambiarte, incluso ofenderte, pero yo quiero mantenerme contigo, quiero estar a tu lado, pero te pido que Tú me des las fuerzas para seguir, para amarte, y para dejarte entrar en mí. Señor Jesús, aumenta mi fe para creer en Ti, para creer en tu nombre, y para creer que Tú lo puedes todo.

Oración final

¡Que los pueblos te den gracias,
oh, Dios, que todos los pueblos te den gracias!
Que se alegren y exulten las naciones,
pues juzgas al mundo con justicia,
con equidad juzgas a los pueblos,
gobiernas las naciones de la tierra. (Sal 67,4-5)

JUEVES, 25 DE ABRIL DE 2024
SAN MARCOS, EVANGELISTA (F)

«Proclamar auténticamente el Evangelio»

Oración introductoria

Señor, mi vida es un constante caminar entre actividades y responsabilidades. El ritmo del día a día me dificulta encontrar alguna pausa para orar. Hoy, sin embargo, en este momento quiero detenerme. Estos minutos serán únicamente para estar en la presencia de mi Dios –pues Tú eres, finalmente, la única razón de nuestras vidas. Concédeme escuchar lo que hoy me quieres decir. Así sea.

Petición

Señor, concédeme ser un discípulo y misionero auténtico y eficaz.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pedro

(1 Pe. 5, 5b-14)

Queridos hermanos: Revestíos todos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios, más da su gracia a los humildes. Así pues, sed humildes bajo la poderosa mano de Dios, para que él os ensalce en su momento. Descargad en él todo vuestro agobio, porque él cuida de vosotros. Sed sobrios, velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle, firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos. Y el Dios de toda gracia que os ha llamado a su gloria eterna en Cristo Jesús, después de sufrir un poco, él mismo os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolidará. Suyo es el poder por los siglos. Amén. Os he escrito brevemente por medio de Silvano, al que tengo por hermano fiel, para exhortaros y para daros testimonio de que esta es la verdadera gracia de Dios. Manteneos firmes en ella. Os saluda la comunidad que en Babilonia comparte vuestra misma elección, y también Marcos, mi hijo. Saludaos unos a otros con el beso del amor. Paz a todos vosotros, los que vivís en Cristo.

Salmo (Sal 88, 2-3. 21-22. 25 y 27)

Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dije: «La misericordia es un edificio eterno», más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R.

Encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado; para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso. R.

Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán, por mi nombre crecerá su poder. Él me invocará: «Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora». R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 16, 15-20)

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los once y les dijo: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado. A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos». Después de hablarles, el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

Releemos el evangelio

San Ireneo de Lyon (c. 130-c. 208)

obispo, teólogo y mártir

Contra las herejías, III 1,1; 10,6

“Anunciad la Buena Nueva a toda la creación.”

Después que Nuestro Señor fue resucitado de entre los muertos y los apóstoles fueron revestidos de la fuerza de lo alto por la venida del Espíritu Santo (Lc 24,49), tuvieron la certeza absoluta y el conocimiento perfecto sobre todo. Entonces llegaron hasta los extremos de la tierra (Sl 18,5), y ellos que poseían todos por igual y cada uno en particular el Evangelio de Dios, proclamaron la buena nueva que nos viene de Dios y anunciaron a los hombres la paz del cielo.

Así Mateo, para los hebreos, y en su propia lengua, publicó una forma escrita de Evangelio, mientras que Pedro y Pablo evangelizaron Roma y fundaron la Iglesia. Marcos, el discípulo e intérprete de Pedro (1P 5,13), después de la muerte de éste nos transmitió también por escrito la predicación de Pedro. Por su parte, Lucas, el compañero de Pablo, consignó en un libro el Evangelio predicado por éste. Finalmente, Juan, el discípulo del Señor, el mismo que reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús, publicó también el Evangelio, durante su estancia en Éfeso...

Marcos, intérprete y compañero de Pedro, presentó de esta manera el principio de su redacción del Evangelio: “Comienza el Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Está escrito en el Profeta Isaías: Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino”... Vemos que Marcos hace de las palabras de los santos profetas el comienzo del Evangelio, y aquel que los profetas proclamaron Dios y Señor, Marcos lo designa ya al principio como Padre de nuestro Señor Jesucristo... Al final de su Evangelio, Marcos dice: “El Señor Jesús, después de hablarles, ascendió al cielo y se sentó a la derecha de Dios”. Es la confirmación de la palabra del profeta: “Oráculo del Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies” (Sl 109,1).

Palabras del Santo Padre Francisco

«La relación con Jesús resucitado es la “atmósfera” en la cual vive el cristiano y en la que se encuentra la fuerza para permanecer fiel al Evangelio, incluso en medio de obstáculos e incomprendiones». *(De la homilía de S.S. Francisco, 17 de mayo de 2015).*

Meditación

¿Cómo comprender estas palabras, Señor?, ¿andar por todo el mundo predicando el Evangelio? Quisiéramos entender cuál es el camino que debemos recorrer para proclamar el Evangelio. «Ir por todo el mundo», «a toda criatura», ¿no es demasiado para mí? Soy una persona limitada y pequeña. Me muevo constantemente en el mismo círculo. Y podría encontrar más de una dificultad en ese «salir» a predicar. ¿Cuál es el camino que quieres que recorra?, ¿cuál es tu camino, Señor?

Para proclamar auténticamente el Evangelio, el primer paso es el enamorarse. Es más, no es tan sólo el primer paso, sino aquel paso del caminar que nunca puede faltar. Cuánto encandece a nuestra alma el pasar un tiempo a solas con el Señor. Convivir con Él y «gastar» el tiempo a su lado, «perder» mi tiempo frente a Cristo Eucaristía, frente a mi Señor y Dios que tanto me ama. Contemplarlo en la cruz, contemplar su amor y agradecerse. Maravillarme ante un amor tan grande. Aceptar la bendición que Dios nos hizo al entregarse por nosotros en la cruz. Contemplar con gratitud su presencia real en la Eucaristía. Agradecer, enamorarme y pedir la gracia de amarlo siempre más.

Y entonces la buena nueva, el Evangelio, la hermosa noticia, adquiere el sentido de urgencia, de apremio, de anhelo y de pasión por anunciar el camino, la verdad, la vida, la única felicidad.

Y como aquel enamorado, que nunca pierde ocasión para pensar en su querida, así igualmente yo, aunque la mayoría de las veces siga presente en el mismo ambiente, en el mismo círculo o las mismas circunstancias, puedo vivir cada día con un nuevo anhelo e ilusión. Soy una persona limitada, pero tengo ciertamente al menos un instante tras otro para amar. Soy una persona pequeña y, sin

embargo, tengo al menos un lugar concreto donde puedo ser tu testimonio. Soy una persona que difícilmente podrá salir frecuentemente a predicar, pero con seguridad puedo comenzar persona por persona. Tengo, en fin, un acto tras otro donde puedo amar porque «el Señor actuaba con ellos», y ése es mi mayor consuelo: saber que te tengo a mi lado en este caminar.

Éste es mi deseo, Señor: el de proclamar tu Evangelio cada día. Hazme enamorarme con pasión por ti, y dame el valor de salir de mí, para proclamarte con mi vida en cada instante

Oración final

Cantaré por siempre el amor de Yahvé,
anunciaré tu lealtad de edad en edad.

Dije: «Firme está por siempre el amor,
en ellos cimentada tu lealtad.» (Sal 89,1-2)

VIERNES, 26 DE ABRIL DE 2024
SAN ISIDORO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (F)
Vosotros sois la sal de la tierra

Oración introductoria

Jesús, llévame a lo profundo de tu corazón. La sed de amor consume mi alma; lo busco en las creaturas y no lo encuentro. Sólo en tu corazón descansa mi alma, déjame permanecer en tu amor.

Petición

Espíritu Santo, dame la gracia de poder recibirte en mi interior para irradiar, con el testimonio de mi vida, la Buena Nueva de tu amor.

Lectura de la primera carta del Apóstol san Pablo a los Corintios (1 Cor. 2, 1-10)

Yo mismo, hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. También yo me presenté a vosotros débil y temblando de miedo; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, condenados a perecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido; pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino, como está escrito: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman». Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios.

Salmo (Sal 118, 99-100. 101-102. 103-104)

Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Soy más docto que todos mis maestros, porque medito tus preceptos.
Soy más sagaz que los ancianos, porque cumplo tus mandatos. R.

Aparto mi pie de toda senda mala, para guardar tu palabra; no me aparto de tus mandamientos, porque tú me has instruido. R.

¡Qué dulce al paladar tu promesa: más que miel en la boca! Considero tus mandatos, y odio el camino de la mentira. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 5, 13-19)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celmín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos».

Releemos el evangelio

San Gregorio de Nisa (c. 335-395)

monje, obispo

*La fundación de la Iglesia (La Colombe et la Ténèbre, Cerf, 1992),
trad.sc@evangelizo.org*

“Que brille su luz”

La fundación de la Iglesia es la creación de un mundo. Según la expresión del profeta (cfr. Is 65,17), un cielo nuevo es creado. Ese cielo nuevo es “la firmeza de la fe en Cristo” (Col 2,5), como dice Pablo. Una tierra nueva es fundada “regada por abundantes lluvias” (He 6,7). Otro hombre es modelado, renovado por el nacimiento de lo Alto, a

imagen de su Creador. Como si el hombre fuera de la naturaleza de los astros que cambian, se ha escrito “Ustedes son la luz del mundo” (Mt 5,14) y “Ustedes brillan como haces de luz en el mundo” (Flp2,15) y como numerosos astros luminosos que suben en el firmamento de la fe.

No es sorprendente que haya en este mundo nuevo una multitud de astros ordenados y denominados por Dios. El Creador de esos astros dice que su nombre está escrito en los cielos. Es así que entiendo la palabra de esta nueva creación: “Sus nombres están escritos en el cielo” (Lc 10,20). La multitud de astros que el Verbo creó, no es la única paradoja de esta nueva creación: hay también numerosos soles creados que iluminan la tierra, habitada con los rayos de las buenas obras. El Autor de esos soles dice: “La luz que hay en ustedes debe brillar ante los ojos de los hombres” (Mt 5,16) y “Los justos resplandecerán como el sol” (Mt 13,43).

El hombre que observa el mundo sensible y que conoció la sabiduría manifestada en la belleza de sus realidades, a partir de lo que ve deduce la belleza invisible y la fuente de esa sabiduría. Lo mismo, el que lleva su mirada sobre el mundo nuevo de la creación de la Iglesia, ve en ese mundo al que será todo en todos. Conduce su conocimiento hasta lo incomprensible, por el camino de realidades finitas y comprensibles.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Me gustaría alentar la vocación de los discípulos de Cristo a comunicar la alegría del Evangelio, a ser sal de la tierra y luz del mundo. La voz de los Pastores, que tiene que ser profética, habla a la sociedad en nombre de la Iglesia madre, porque la Iglesia es madre, y la habla desde la opción preferencial y evangélica por los últimos, por los descartados, por los excluidos. Esa es la opción preferencial de la

Iglesia. La caridad fraterna, expresión viva del mandamiento nuevo de Jesús, se expresa en programas, obras e instituciones que buscan la promoción integral de la persona, así como el cuidado y la protección de los más vulnerables. No se puede creer en Dios Padre sin ver un hermano en cada persona y no se puede seguir a Jesús sin entregar la vida por los que Él murió en la cruz». *(Homilía de S.S. Francisco, 9 de julio de 2015).*

Meditación

En la cultura occidental la sal es un condimento indispensable en cada platillo; se podría decir que es la cereza del pastel, la que le pone el toque de sabor a la comida. Jesús con esto nos muestra claramente la esencia del cristianismo, dar sabor a la vida. Ante la indiferencia y la vida monótona y gris de muchos, el cristiano está llamado a sazonar la vida de los demás. En medio de la tristeza y la angustia, el cristiano debe ser un signo de esperanza y alegría.

Debemos ser ese toque de sabor en la vida. Nuestro testimonio brota de la alegría de pertenecerle a Cristo, de sentirnos amados por nuestro Dios y creador.

Pero para ello es importante estar llenos de salinidad. Una sal, si se vuelve sosa, no sirve para nada. Debemos estar llenos de Dios para ser capaces de sazonar la vida de los demás.

Oración final

Cantaré por siempre el amor de Yahvé,
anunciaré tu lealtad de edad en edad.
Dije: «Firme está por siempre el amor,
en ellos cimentada tu lealtad.» (Sal 89,2-3)

Oración introductoria

Señor, dame la gracia no sólo de conocerte más... sino de experimentar tu amor.

Petición

Señor Jesús, ayúdame a experimentar el amor de Dios, para amar más tu voluntad.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch.13,44-52)

El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oír la palabra del Señor. Al ver el gentío, los judíos se llenaron de envidia y respondían con blasfemias a las palabras de Pablo. Entonces Pablo y Bernabé dijeron con toda valentía: «Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: “Yo te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el confín de la tierra”». Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y alababan la palabra del Señor; y creyeron los que estaban destinados a la vida eterna. La palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región. Pero los judíos incitaron a las señoras distinguidas, adoradoras de Dios, y a los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron de su territorio. Estos sacudieron el polvo de los pies contra ellos y se fueron a Iconio. Los discípulos, por su parte, quedaban llenos de alegría y de Espíritu Santo.

Salmo (Sal 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4)

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R.

El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R.

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 14, 7-14)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto». Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta». Jesús le replica: «Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: “Muéstranos al Padre”? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré».

Releemos el evangelio

San Ireneo de Lyon (c. 130-c. 208)

obispo, teólogo y mártir

Contra las herejías IV (SC 100. "Lectures chrétiennes pour notre temps", Abbaye d'Orval, 1973), trad. sc@evangelizo.org

“El que me ha visto,
ha visto al Padre” (Jn 14,9)

Tendrán parte en la vida los que verán a Dios, porque el esplendor de Dios es vivificante. Por este motivo, el que es inalcanzable, incomprensible e invisible, se ofrece para ser visto, tomado y comprendido por los hombres. Es para vivificar a los que lo toman y lo ven. Ya que si su grandeza es inescrutable, su bondad también es inexpresable. Es gracias a su bondad que se hace ver y da la vida a los que lo ven. Imposible vivir sin la vida y únicamente hay vida por participación a Dios, participación que consiste en ver a Dios y gozar de su bondad.

Los hombres verán a Dios para vivir, deviniendo inmortales por esta visión y llegando a Dios. Esto fue anunciado en figuras por los profetas: Dios sería visto por los hombres que portan su Espíritu y esperan sin cesar su venida. Así, Moisés dijo en el Deuteronomio que veríamos ese día, cuando Dios hablará al hombre y él vivirá (cf. Dt 5,24).

El que opera todo en todos es invisible e indecible, en cuanto a su poder y su grandeza, para todos los seres creados por él. Sin embargo, no les es desconocido. Todos aprenden por el Verbo que hay un solo Dios Padre, que contiene todas las cosas y da la existencia a todo. Así dice el Señor: “Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que está en el seno del Padre” (Jn 1,18).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, el Hijo eterno, hecho hijo en el tiempo, nos ayude a encontrar el camino de una nueva irradiación de esta experiencia humana así de simple y así de grande que es ser hijos. En el multiplicarse de las generaciones hay un misterio de enriquecimiento de la vida de todos, que viene del mismo Dios. Debemos redescubrirlo, desafiando al prejuicio; y vivirlo, en la fe, en perfecta alegría». (*Catequesis SS Francisco, 11 de febrero de 2015*).

Meditación

Llevo tanto tiempo con ustedes y ¿aún no me conoces? – dice Jesús a uno de sus apóstoles. Tanto tiempo transcurrido sin percatarse. Tanto tiempo sucedido sin escuchar delicadamente su mensaje.

¿A qué has venido Señor? ¿Por qué me has dedicado todo tu tiempo?

Desde la encarnación desviaste mi mirada hacia el cielo; mostrándome sin decir nada algo divino, algo bueno, algo eterno... querías mostrarme el amor.

Cada huella que dejaste en este mundo lleva consigo este deseo de mostrar... de llevarme al Padre. Quieres que descubramos que somos hijos; hijos de un Padre que nos ama; hijos en todo el sentido de la palabra.

Es un misterio... es un don que Tú quieres regalarme; quieres que experimente el amor tan íntimo que hay entre el Padre y el Hijo, haciéndome hijo en el Hijo.

Sólo de pensarlo: soy hijo de Dios... me hace preguntarme tantas cosas... ¿A quién voy a temer? ¿Quién me separará de este amor? Me hace sentir seguro, tranquilo, en paz pues, un Padre ama, no por lo que se haga o se tenga, simplemente ama por el simple hecho de amar...

Tan sólo pensarlo... tan sólo creerlo...soy hijo de Dios. Gracias, mi Señor, por este don.

Oración final

Los confines de la tierra han visto
la salvación de nuestro Dios.
¡Aclama a Yahvé, tierra entera,
gritad alegres, gozosos, cantad! (Sal 98,3-4)